

¿Y PARA  
QUÉ QUIERO  
ENEMIGAS?

*Miriam Lavilla*



**Y SI ACEPTAMOS "BRUJA" COMO HADA  
MADRINA y nos vamos con ella a la  
disco, de shopping o al cine...**

La autora quiere aclarar que ¿Y para qué quiero enemigas? es una obra humorística y de ficción. Las opiniones que se expresan en ella no coinciden con las de la propia autora.

Los tópicos culturales que se utilizan en el texto pretenden provocar un efecto cómico, y no reflejan la realidad. La autora espera, por tanto, que ningún lector se sienta ofendido por el contenido de estas páginas.

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier parecido con la realidad o semejanza con personas vivas o desaparecidas es mera coincidencia.

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito de la autora.

Todos los derechos reservados. © Miriam Lavilla, 2009  
Avda. de Burgos, 30.- 28036-MADRID ISBN: 978-84-616-3141-4

Ilustraciones: Joaquín González Dorao

*Estimadas lectoras:*

*Una vez más, queremos agradecer desde nuestras páginas, la gran acogida que ha tenido nuestra revista en este último año. Con la de la mismísima Ana Rosa Quintana, hemos superado las setecientas suscripciones, además de haber incrementado nuestras ventas en quioscos en un 75%.*

*Somos conscientes, no obstante, de que lo que ha ocasionado este gran éxito han sido nuestras últimas secciones como: «Sexo en Marina d'Or» y «La menopausia: aprende a hormonas», de Sofoquina Brava, o «Aceptamos animal de compañía», de Serena de Brie.*

*amaestrar tus*

*marido como*

*Respecto a esta última, reiteramos nuestro más sincero*

*agradecimiento por las miles de cartas que recibimos de vosotras felicitándonos por la idea. Muchas de ellas se dirigieron a la autora para consultar todas las dudas que os habían surgido respecto al tema, y Serena tuvo a bien remitirlos a cada una de vosotras sus inestimables consejos.*

*Sin embargo, hubo una gran cantidad de ellas que no obtuvieron respuesta. Eran las que comenzaban por «Mi amiga dice que mi novio es...» o «Parece que mi novio presta más atención a mi amiga que a mí...» o «Mi amiga me está robando el novio descaradamente...» o «Estoy enamorada del novio de mi amiga». Lamentamos las molestias que esto os haya podido ocasionar. El motivo no fue otro sino que Serena opinó que, si bien todas ibais aprendiendo mucho de los hombres, aún andabais muy verdes en cuanto al terreno «amigas». Por consiguiente, decidimos que la nueva sección que debería inaugurarse tenía que ser esta que os presentamos, y estimamos que va a ser igualmente bien recibida en vuestros hogares. Seguro que ¿Y para qué quiero enemigas? os será de gran utilidad.*

*ANSELMA FUENDETECLA Directora de "Tú misma".*

# INTRODUCCIÓN. LAS MATRIOSKAS



*«Débense buscar los amigos como se buscan los buenos libros. Que no está la felicidad en que sean muchos ni muy*

*curiosos; antes en que sean pocos, buenos y bien conocidos.» MATEO ALEMÁN*

*«La amistad, como el diluvio universal, es un fenómeno del que todo el mundo habla, pero que nadie ha visto con sus ojos.» ENRIQUE JARDIEL PONCELA*

Cuando naces, la vida ya te ha impuesto un padre (que se supone biológico) y una madre con la que has estado profundamente unida durante nueve meses y de cuyas entrañas te separan a golpe de tijeretazo en el cordón umbilical. Quédate con el detalle, muchas relaciones se romperán a machetazo limpio (a saber: a veces te lo verás venir de frente y en otras muchas ocasiones te lo encontrarás clavado por la espalda).

Después de unos días de reparador descanso en el sanatorio, te llevan a casa junto a un hermanito o hermanita que, cuando nadie lo ve, te tira de la oreja, te tapa la nariz, te quita el chupete, te destroza los juguetes y te pellizca los carrillos.

Luego te presentarán a tu tita Enriqueta. Llorarás al encontrarte con esa mata de pelo espeluznante, que llaman "barba", tras la que se oculta tu tío Pepe. Te verás reflejada en las gafas del tío Alfonso, soportarás los trompeteros besos de la tía Flora, y te acostumbrarás a los gritos y correteos de tus primitos, los cuales, una de dos, o se pegarán entre ellos por cogerte en brazos o se quedarán mirándote como si fueras un bicho feo que les está robando su porción de oxígeno. Las rodillas del abuelo Basilio harán las veces de caballito trotador. El yayo Cándido se obstinará en acunarte a todas horas, especialmente en esos momentos en los que a ti no te apetezca nada echarte un sueñecito. Y las abuelitas discutirán sobre si tu nariz, tus ojos, tu boca o tu barbilla son de la familia de Los Bermúdez o de Los Quintanilla. Mal em-

pieza esto, resulta que llegas entera pero nada de lo que tienes te pertenece.

A toda esta gente la tendrás que conocer, asumir y aprender a soportar de mejor o peor gana. Porque, entérate de una vez: la tía Catata va a ser tu tía hasta que muera ella, o mueras tú. Y ninguna vais a cambiar de manera de ser hasta el mismo instante en que os metan en la caja de pino. Y vaya usted a saber, lo mismo le da por aparecerse por las noches para reprocharte: «Sé que fuiste tú la que rompió el jarrón de mi madre y escondió los pedazos en la coqueta».

Otro factor negativo que interviene en las relaciones familiares es la memoria histórica (o histérica). La madre de uno es la madre de uno (madre, ya se sabe, no hay más que una), pero esa misma persona es la suegra de una tercera y la cuñada de una cuarta. El recuerdo que cada uno de estos individuos guarda de la buena señora no tiene absolutamente nada que ver y cualquier parecido es mera coincidencia. Y lo que para unos fue una situación bochornosa o inenarrable para otros fue una anécdota fantástica e inolvidable, y para hacer mención de la honorable obra de Michael Ende (y terminar el pareado), el empeñarse en disputas sobre quién lleva la razón, o no, es «la historia interminable».

Luego vendrán frases hechas típicas como la de: «Y las Navidades, ¿qué tal?; ¿bien, o en familia?». Los pisotones o codazos bajo la mesa del salón o recriminaciones del tipo: «Pero, Paula, hija, ¿cómo se te ocurre hablar de la soga en la casa del ahorcado?» o «Pero ¿en qué estabas pensando para sentar juntas, a la misma mesa, a Isabelita y a la tía Fuencisla?»

Con respecto al sujeto del cual nos enamoramos es más de lo mismo. Tu madre se enamoró de tu padre y aún hoy continúa sin explicarse el porqué. Aprovecha la menor provocación para ponerse a enumerar una letanía de pretendientes-

posibles-maridos con los que hubiera sido inmensamente más dichosa.

Pero, y aquí llegamos a la parte de la que va a tratar el presente ensayo, los amigos son otra cosa. Es lo único que podemos elegir en este mundo. Por este motivo, y alguno más, es maravilloso tener amigos. Son las únicas personas que no te impone la Diosa Naturaleza, o la ciencia, o los astros, o el destino, o quién sabe qué.

Mucho se ha dicho, y muy bueno, sobre eso de tener amigos. Máximas inteligentes, como: «La verdadera amistad llega cuando el silencio, entre dos, parece ameno» (Erasmus de Rotterdam). Locuciones que, de increíbles, llegan a ser fantásticas como: «La verdadera amistad es como la fosforescencia, resplandece mejor cuando todo se ha oscurecido» (Rabindranath Tagore). Y discernimientos realmente ingenuos como: «El mayor esfuerzo de la amistad no es mostrar nuestros defectos al amigo, sino hacerle ver los suyos» ¡Me parto con François de La Rochefoucauld! ¡Qué inocente!).

Pero no todo el monte es orégano, no. También se dice: «Al amigo y al caballo, no apretallo», «Amigo beneficiado, enemigo declarado», «Amigo traidorcillo, más hiere que un cuchillo», «Amistad de boquilla, no vale una cerilla», «Amistades que del vino nacen, al dormir la mona se deshacen», «Cuando te vayas a casar, manda a los amigos a otro lugar», «Si dices las verdades, pierdes las amistades» o «Si quieres ver a tu amigo caminar, párate a mear».

Todo eso de la amistad está fenomenal, sí, es cierto. Pero ¿y si elegimos mal nuestras amistades? ¿Qué pasa si nos hacemos amigos de un vampiro, de un político, de un abogado, de un inspector de Hacienda, de un controlador de parquímetro o del mismo diablo?

En las siguientes páginas vamos a tratar de desenmascarar a varias amistades que, si bien en un principio te pueden parecer seres extraordinarios, tal vez al final te arrepientas de haberlos conocido.

Hay varios tipos de amistades, a saber:

a) Los que son igualitos el uno al otro. Cortaditos por el mismo patrón. ¡Siempre tan unidos! Resulta que Carla era monísima y Ana era un coco. Después de varios años de amistad ¡Son idénticas! Y suele ocurrir que Carla se asemeja más a Ana de lo que Ana se parece a Carla. Esto es un hecho. Visten igual, se peinan de idéntico modo, hablan con el mismo tono de voz... Desconfía de esta amistad, llegará el día en que ambos choquéis. Los polos del mismo signo terminan por repelerse.

b) Los que son diferentes pero se complementan recíprocamente. Esto mejora. Va a ser una amistad rica en experiencias. Pero ¿Cuánto dura una amistad así? ¿Qué se hace un domingo por la mañana cuando uno propone ir a misa de doce y el otro marchar al parque del Retiro a fumarse unos porritos? ¿Cuando uno no para de hacer deporte y el otro sólo piensa en practicar *sillón-ball*? Y, las vacaciones: a uno le gustará la playa y el otro preferirá ir a la montaña. ¿Y el día de las elecciones generales? ¿Vais a poder brindar con cava por los resultados? Y el cine, ¿cuánto tiempo vais a soportar meteros cada uno en distinta sala y esperar una hora a que la película que eligió el otro termine? Que, digo yo, ¿qué sentido hay en quedar para ir al cine juntos?

c) La adhesión entre hombre y mujer es ideal, esto es del todo indiscutible, pero, ¡ojo!, si es real. Quiero decir, a veces ocurre que uno se enamora del otro. Entonces te dan ganas de retorcerle el pescuezo a tu «amigo del alma» cuando se pone a contarte sus devaneos amorosos con un fulano o mengana que, además, no sueles tragar. O todo lo contra-



rio, resulta que habéis empezado a salir como novietes pero te das cuenta de que «lo quieres mucho, pero no estás enamorada de él». ¿Crees que lo entenderá por muy bien que se lo expliques? Ahí mismo se acaba la relación. O el día en que te has dado cuenta de que él se ha «alegrado» mucho al verte en biquini. ¡Qué situación tan violenta! Él se tumba inmediatamente boca abajo y a ti te recuerda mucho a la “sota de bastos”. Y, acto seguido, empieza a sudar como un puerco porque no se atreve a levantarse ni para darse un chapuzón y tú comienzas a sentir una insufrible repugnancia hacia su persona y no paras hasta quitártelo de encima para siempre. Y, en cualquier caso, imaginemos que ese aprecio es sincero y amistoso. Todo va bien. Tienes una persona con la que puedes contar para toda la vida. Para lo bueno y lo malo, en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la necesidad. Pero te casas. ¿Tu maridito querido se va a quedar tan contento cuando salgas con tu amigo Miguel y regreses, con una toña mediana, a las seis de la mañana? O él se casa. ¿Estás completamente capacitada para tragar durante unas vacaciones enteras a la mala pécora de su santa?

d) La amistad entre hombres resulta facilísima. Y son indisolubles, siempre y cuando una mujer no se meta por en medio. Santiago Ramón y Cajal (que de tonto no tenía un pelo) dijo que «hay pocos lazos de amistad tan fuertes que no puedan ser cortados por un pelo de mujer».

Adicionalmente, es extraordinario que no tengan que ir de compras juntos, ni a la peluquería, ni que tengan que perder su juventud esperando en una fría esquina de la calle a que su amigo llegue «perfectamente maquillado» o a que haya conseguido domar, al fin, ese mechón rebelde con el secador de mano. Ni se pasan las horas muertas al teléfono cuando van a citarse, porque ya hablarán cuando se vean. Ni se preguntan por cómo va a ir vestido el otro porque les importa un solemne rábano. Cuando tienen ganas de hacer sus necesidades van y las hacen. ¡No tienen que hacerse

acompañar de su mejor amigo! Y tampoco se van a enfadar porque éste se marche al aseo sin haber sido invitado previamente al correspondiente cambio de aguas. No tienen que sufrir el menor estrés por buscar una receta maravillosa para que su amigo quede bien en una cena con la familia política. Mantener esa amistad es muy sencillo. Sólo hay que quedar de vez en cuando para ir de copas, ver un partido de fútbol o jugarse a los chinos a las titis. ¡Ah!, y narrar los encuentros sexuales con todo lujo de detalles a los colegas.

e) En cuanto a la amistad corriente (ni muy afines, ni muy dispares) entre mujer-mujer, eso ya es otro cantar. Aunque no lo parezca, ésta es complicada. Y de este tipo de amistad vamos a tratar en este volumen.

Las mujeres somos mucho más interesantes que los hombres (lo siento, chavalines). Somos matrioskas. Esas muñecas tradicionales rusas que se fabrican huecas en el interior para poder albergar una nueva muñeca que, a su vez, aloja a otra y ésta una más, y así sucesivamente hasta un número determinado. Las muñecas interiores parecen iguales entre sí. A simple vista, sólo se distinguen por el tamaño, pero si te fijas con atención, las expresiones de sus rostros son diferentes y también lo son los recipientes que sostienen. En definitiva, todas son distintas.

Las mujeres podemos ser todos los tipos de personas que vamos a describir en las siguientes páginas, en tan sólo veinticuatro horas (aunque antes muertas que reconocerlo); por este motivo, puedes ganarte una incondicional amiga o una mortal enemiga para el resto de tus días, en apenas un par de segundos. Porque nosotras no obtenemos una visión integral del conjunto, no: nosotras nos perdemos en el detalle. Esto es tan cierto como que hay sol. Una mujer puede tener la casa ya no impoluta sino aséptica como un quirófano, pero como una conocida vaya y se encuentre con una taza en el fregadero, sin lavar, inmediatamente la catalogará

como una marrana desde la fecha hasta el día del juicio final por la tarde. Y si una amiga es encantadora durante veintisiete años pero un día va y mete la pata por... ¡Qué sé yo!, ¿por una pequeña indiscreción como decir tu edad?, ¿por no felicitarte por tu cumpleaños?, entonces la ha gibado para siempre. No te atormentes pensando en lo que hiciste o dejaste de hacer, ella ya te ha puesto flores en la tumba (después de bailar sobre ella) y no hay nada que puedas hacer para recuperarla.

Hay una circunstancia adversa totalmente inevitable en la relación entre mujeres y es la rivalidad. Reconozcámoslo de una vez. Desde que el mundo es mundo nos hemos pasado sendos lustros en una constante carrera por llegar a la meta en primer lugar. ¿No acabaremos agotadas de luchar, durante siglos, por tratar de demostrar que valemos más que ellos y que el resto de los mortales de nuestro mismo sexo?

En la familia, desde pequeñas, queremos ser la que mejor canta o baila y la que más monerías ha aprendido a hacer. En la guardería, la que mejor dibuja. En el cole, la primera de la clase. En el bachillerato, la más popular. En la universidad, la que más liga. En las bodas, la más elegante. No te engañes. Es por eso por lo que cuando entras de nueva en un trabajo las que más reparos tienen en aceptarte son las féminas. Si fueras hombre, no pasaba nada: «Es un hombre, aunque no sepa hacer la o con un canuto, llegará a ser director». Pero ¡Una mujer!...: «A ver lo que gana ésa por hacer lo que hace», «Claro, con ese escotito y tan cortita...»; «A saber qué estarán haciendo éstos en la reunión...». Sí, también en el trabajo anhelamos ser la más considerada por los directivos, la más apreciada entre los compañeros y la que mayor sueldo gana.

En el matrimonio, la que más sufre, la que más sacrifica, la más abnegada. En la maternidad, la más responsable: la que mayor número de veces limpia los mocos en el parque al ni-

ño, la que más primorosa lleva a la nena, la que da bronceador al peque en la piscina con mucha más frecuencia. Nuestros críos son los más guapos, los más simpáticos, los más listos, los más audaces. Según nacen ya les estamos enseñando a decir «ajo» para exhibirlos como un mono de feria. Después seremos las que antes los enseñen a sumar, a restar, a leer... y a recitar el Cantar de Mío Cid si fuera menester. Claro que si el de la otra es malo, el nuestro es mucho peor. ¡Es que ya no sabemos qué vamos a hacer con este niño! Y no hablemos ya de nuestros partos. En cuanto vemos a una pobre embarazada (con mayor motivación si es primífera) corremos a contarle nuestra experiencia. Las primeras contracciones, la rotura de aguas, el niño que no para de «dar por ahí mismo», pero nosotras que no hemos dilatado. La comadrona que se encuentra con seis vueltas de cordón alrededor del cuello del feto. La cesárea que se debiera haber evitado. La epidural que nunca llegaba. El enema, la hemorroide que nos salió después de dar a luz, las manchas en nuestras blusas de la leche que no para de salir a todas horas, y ¡Ese puñetero niño que no mama lo suficiente, que no se te está criando...! ¡Ay, por Dios, qué desagradables! Hasta que no advertimos un tono verdoso en la piel de la pobre interlocutora, no paramos.

Y, finalmente, en la vejez tenemos la imperiosa necesidad de ser la que se conserva más joven, la que mejores hijos tiene, «que se pegan por llevársela a una a casa», la que disfruta de los nietos más cariñosos. Somos capaces hasta de admirar públicamente y sin el menor pudor a la más cochambrosa de las nueras... ¡Caray, que no bajamos la guardia ni un segundo!

Pero como somos todas en una (y una para todas) también pertenecemos a un gremio muy unido. ¿Acaso alguna de nosotras podría afirmar que la culpable de una separación ha sido ella? ¡Ni hablar! Nos regocijamos con el pastón que va a tener que pagar ese malnacido por la manutención de

los niños. Y es que, en esta sociedad secreta nuestra, no hay cosa que nos motive más que las desgracias de una semejante. Nos solidarizamos con ella que es un primor: «Es la que pierde, como siempre, ¡pobrecita mía! Se queda con los niños, con el coche, con el piso, con el chalé de La Toja, pero ¡qué lástima me da! ¿Dónde va a ir ella tan solita?». Así somos. Y el día en que nos relajamos se abre la caja de Pandora. Es entonces cuando empiezas a hacer «el indio» ante los ojos de los demás y, no lo dudes, las que antes te despelejarán serán ellas, sobre todo si te ven feliz. Cuando abandonas hijos, marido y perro. Cuando te escapas con un chico que tiene la misma edad de tu benjamín. Cuando te cortas el pelo al uno y te lo tiñes de fucsia. Cuando te cagas en la leche que le dieron a tu suegra. Cuando no tienes para comer, pero te sometes a una buena liposucción, y ¿por qué no?, cuando mandas a hacer puñetas a una amiga que lo es desde hace treinta años. Porque, no lo dudes, razones para ello, seguro que te dan. Y si no lo crees, continúa leyendo.

# Decálogo de la «buena amiga», por Serena de Brie

A continuación se enuncian los requisitos indispensables que debes cumplir para ser la mejor de las amigas. Apréndetelos bien y no te los saltes a la torera bajo ningún concepto:

1. Cómprate una agenda ahora mismo. Perpetua, si pudiera ser. Esto es, que valga para todos los años y comienza por apuntar todas las fechas de nacimiento de tus amigas.
2. No se te ocurra recordarle cuántos caen a la hora de la felicitación. Lo mejor es evitar ese tema a toda costa. Pregúntale por lo que va a hacer para celebrarlo, qué le han regalado, etc.
3. Frases para censurar:
  - a) ¡Qué bien te conservas!
  - b) ¡Cómo te han sentado!
  - c) Eres como los buenos vinos, que mejoran con la edad.

Aunque las pronuncies con verdadera devoción van a sonar lo mismo que un petardo en toda la oreja. No seas cándida.

4. Pero tampoco te pases con los halagos. Si ella te dice que se siente hecha una piltrafa, desvía toda atención sobre ese asunto de inmediato. Un modo muy trillado es: «¡A Cuca sí que se le han echado encima los años! ¡Está estropeadísima! Si ya digo yo que abusaba demasiado del sol...», ella se auto-invitará gustosa a profundizar en esa materia.

5. Nunca regales perfume a una amiga. Jamás acertarás. Y si ya conoces la marca que usa, ella también sabrá lo que te has gastado (y eso es demasiado arriesgado). Entre los demás regalos no permitidos están: el desodorante, la pasta de dientes, el gel, la crema, el maquillaje..., no vaya a ser que crea que a ti no te gusta su aspecto o que estás censurando su aseo personal. Por supuesto, nada de cosas prácticas para la casa, sobre todo de cocina o limpieza.

6. Para su fiesta de cumpleaños te pones un vaquerito, una camisetita de lo más normal y te recoges el cabello en una sencilla cola de caballo. Nada de maquillaje. Brillito de labios y un poquito de rubor. Tampoco vayas hecha un asco. Discreta, a la par que elegante, pero intentando pasar lo más desapercibida posible.

7. No hables con tus amistades ni de política, ni de religión ni de fútbol. Habla de tíos buenos, que es lo suyo.

8. Evita comprarte el mismo modelito (aunque varíes el color). Lo peor que te puede suceder es que ella te lo vea y, encima, te favorezca más.

9. No vistas un biquini demasiado pequeño cuando vas con tu amiga a una piscina. Tú haz caso y no preguntes.

10. No te pongas a relatar las gracias de tus sobrinitos si no quieres recibir un tiro en la nuca, en cuanto te des la vuelta. Valga el consejo para los hijos, los ahijados, los nietos o lo que quiera que sean esos monstruos bajitos.

11. No llesves fotos de tu chico en la cartera ni de fondo del móvil, ni las plantes en tu página web personal, ni nada..., no vaya a ser que crean que estás presumiendo de tener algo de lo que ellas carecen. Tampoco de tu marido, amante, mascota... (Aplíquese también para los sobrinitos, los hijos, los ahijados y los nietos).